



I CENTENARIO DE LA UNION

1860 - 1960

PREGON

Amigo, aquí está La Unión, de la que tanto se ha dicho y de la que tanto queda por decir. Con su responsabilidad de haber cumplido sus cien años. Aquí, La Unión, amigo; una ciudad que no te ofrece deslumbre de oropeles históricos, solera de linajes, laurel de héroes, pero cuya biografía, fabricada a golpe de corazón, no cabe, sin embargo, en el papel de los libros.

Que es verdad. Asómate a su historia y verás que es verdad; que junto a su literatura de ciudad colorista y despreocupada de Eldorado murciano, con su nuevo rico y su café de cupletistas fluctuante entre el «saloon» del Oeste americano y la taberna andaluza, crece también el otro costado generoso, consciente, que no olvida levantar templos, hospitales, aulas de música y pintura, asilos para huérfanos de mineros. . .

Cien años, amigo. Desde el minero con candil de tortuga y esparteñas al de hoy, con «niky» y ascensor eléctrico que lo conduce directamente a la galería de la mina, alguna diferencia corre, aunque no tanta que, debajo de la corteza de ahora, deje de encontrarse el «partidario» de antes, dispuesto a descubrir, junto al Eco I la luna pálida, de las turantas y las cartageneras, el mismo hombre que acaso dudará un tantico entre el grifo del agua embalsamada del Taibilla y la damajuana de la cristalina y unionense agua del «Chorrillo».

Esta es, amigo, La Unión en fiesta mayor. Con el corazón abierto, esperándote. Con su gozosa y dolorosa carga de los cien años donde caben aventureros a lo Far-West, «cantaores» y troveros, pobres y ricos, malos y buenos, edificios que se venden para aprovechar sus materiales, mujeres enlutadas que lloran su pena en ritmo de fandanguillo. . . La Unión, tan sorprendente, tan joven aún. ¡Señor, si sólo son cien años! Aunque, por otra parte, si bien se mira, no puede dejar de asegurarse que donde usted, amigo, pise contemplando el estallido de una palmera de pólvora o el paso de una carroza, se levantara un día Iluro, que es como si dijéramos la primera versión de La Unión, en plena Edad Antigua, con más de cuarenta mil hombres trabajando en estas tierras.

Porque la verdad es que, llevando las cosas a su punto, descubriríamos que La Unión se quita coquetonamente algunos años: dos mil, aproximadamente.

De todos modos, amigo, La Unión está aquí, aguardándote. A la hora en que a la complicada maquinaria de los lavaderos se le enredan ramos de baladre en flor y las bengalas tesacan los colores a la sierra, La Unión te ofrece su pan y su sal.

NTRA. SEÑORA DEL ROSARIO PATRONA DE LA UNION

Minas, casas, corazones, presididos por la ardiente morenía de su presencia. Su proximidad levanta la confianza del unionense y pone un aura de frescura en las sienes cansadas del minero.

Cada año, el siete de octubre la empuja hacia la calle engalanada, hasta dorarla de soles barrocos y barnizarla de vientos anaranjados y poderosos, en los que el acre y duro olor de los minerales compite con la fragancia aristocrática de las corolas.

Pisando plomo y plata, atravesada por espadas de nardos, va la Virgen en sus andas. Toda la sierra se hace entonces trono para sostener su peso y su ternura, y hay siempre levantada frente a Ella una muralla de mantillas al viento y un primer plano de dalias contra castilletes.

Es esta una imagen hecha para la calle, para trasfondos de serranía, para el escorzo de una esquina o el golpe de luz libre.

Por eso hay que contemplarla a la atardecida, tenue y gallarda, cuando en las gargantas se rompen las estrofas de su himno y la hucha del Cabezo Rajado se traga la moneda del Sol

Todo el pueblo la acompaña o la contempla, mientras en los alambres de la iluminación se enreda el «Vas insigne devotionis» o el «Turrís davidica», piropos de la letanía que la gente minera, que no entiende una jota de latín pero que anda siempre al cabo de la calle traduce inefablemente en su corazón: «Patrona de La Unión, ruega por nosotros».



NUESTRO FOLKLORE

Guarda La Unión, junto al tesoro inconmensurable de sus minas, su otro pequeño tesoro del cante y los trovos.

El cante minero es una luminosa y ardiente variante del arte jondo, levantada sobre un poso de sangre árabe, sangre castigada por la indolencia del vino y el sol.

La Cartagenera es la copla de los mineros, y su estructura encierra la gallardía de un surtidor, la desnuda emoción centelleante de un navajazo y la polieromía de una vidriera de catedral.

De Cartagena a Herrerías

*han puesto iluminación,
Tiene pena de la vida
aquél que apague un farol
y no lo encienda enseguida.*

Doliente y brava, ha de doblarse y retorcerse sobre sí misma, como la hoja de la *alzabara*. El Rojo el Alpargatero, el Chilares, Emilia Benito, los gitanos Nolascos, Enrique el de los Vidales, Juan Mena, Joaquín Celdrán, Paco Herrero, la Roja, el Mendo y otros tantos compusieron la inefable nómina del cante de las minas.

El lunes por la mañana

*los pícaros tartaneros
les robaban las manzanas
a los pobres arrieros
que venían de Totana.*

Junto a la cartagenera, la taranta, cante largo, duro, solitario, que sostiene la caliente influencia del fandango y acaso de la rondeña y la jabera, componen la más firme peana de nuestro cante.

Con el cante de las minas, el trovo.

El trovero es el hombre más generoso de la tierra. Todo lo da en sus versos, contra reloj, sin quedarse con nada, sin que nadie recoja su voz, sin que el libro o la revista aprisione su acento para el futuro.

El trovero Roca lo asegura hoy:

*Pulsa el trovero su lira
soñando cielos y mundos;
son del tiempo los segundos
la cárcel en que respira.*

El trovero más famoso fué José María Marín, cantor sentimental de los mineros e improvisador desconcertante. En cierta ocasión, a ruegos insistentes, lle-



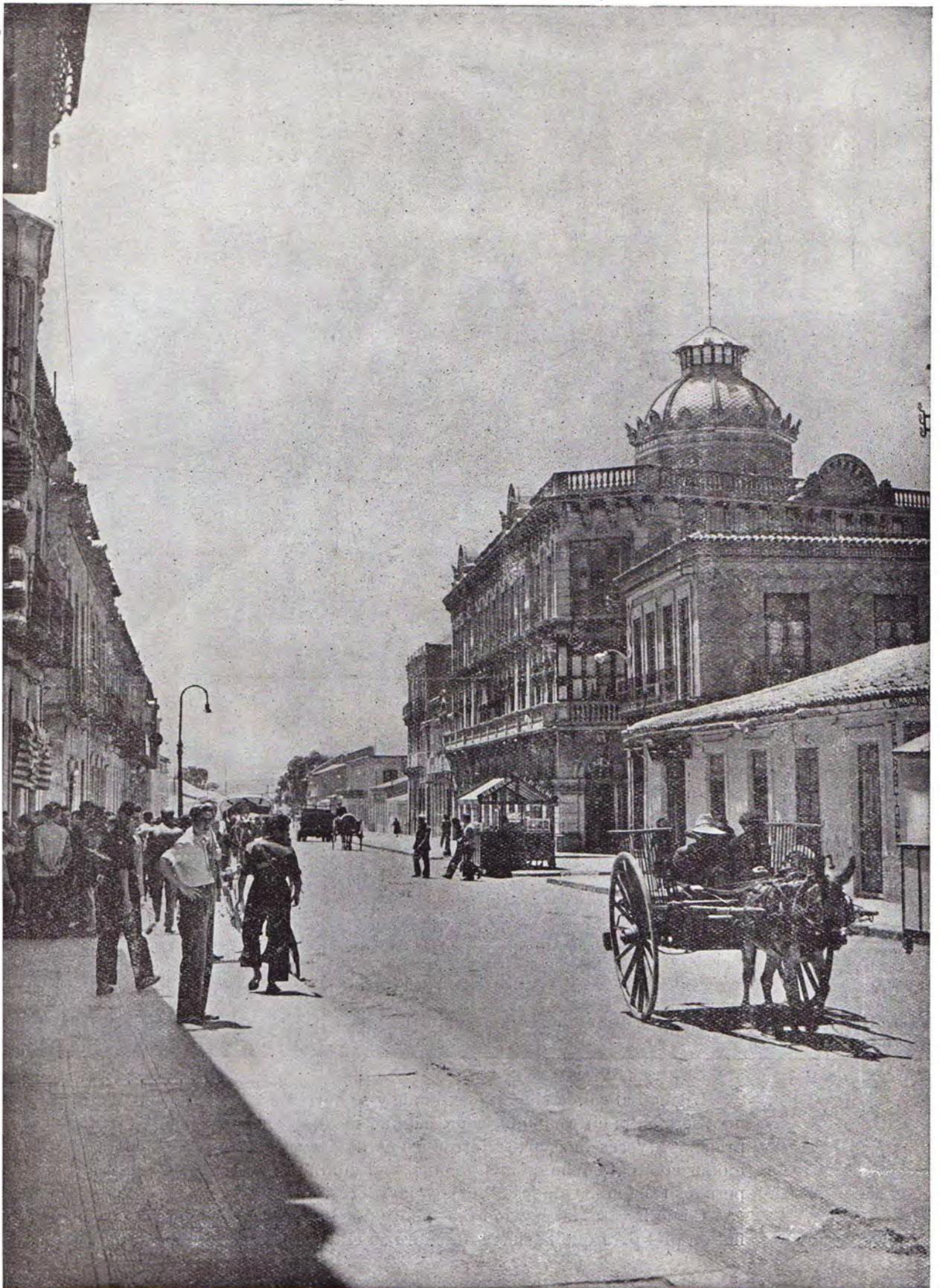
La Plaza del Mercado fué construída en 1907, cuando la inefable arquitectura de la época aún amasaba reminiscencias del gótico francés con frisos de Pompeya o Grecia, y los albañiles levantaban, a cal y canto, torres de esperanza en tiempo de cuplé.

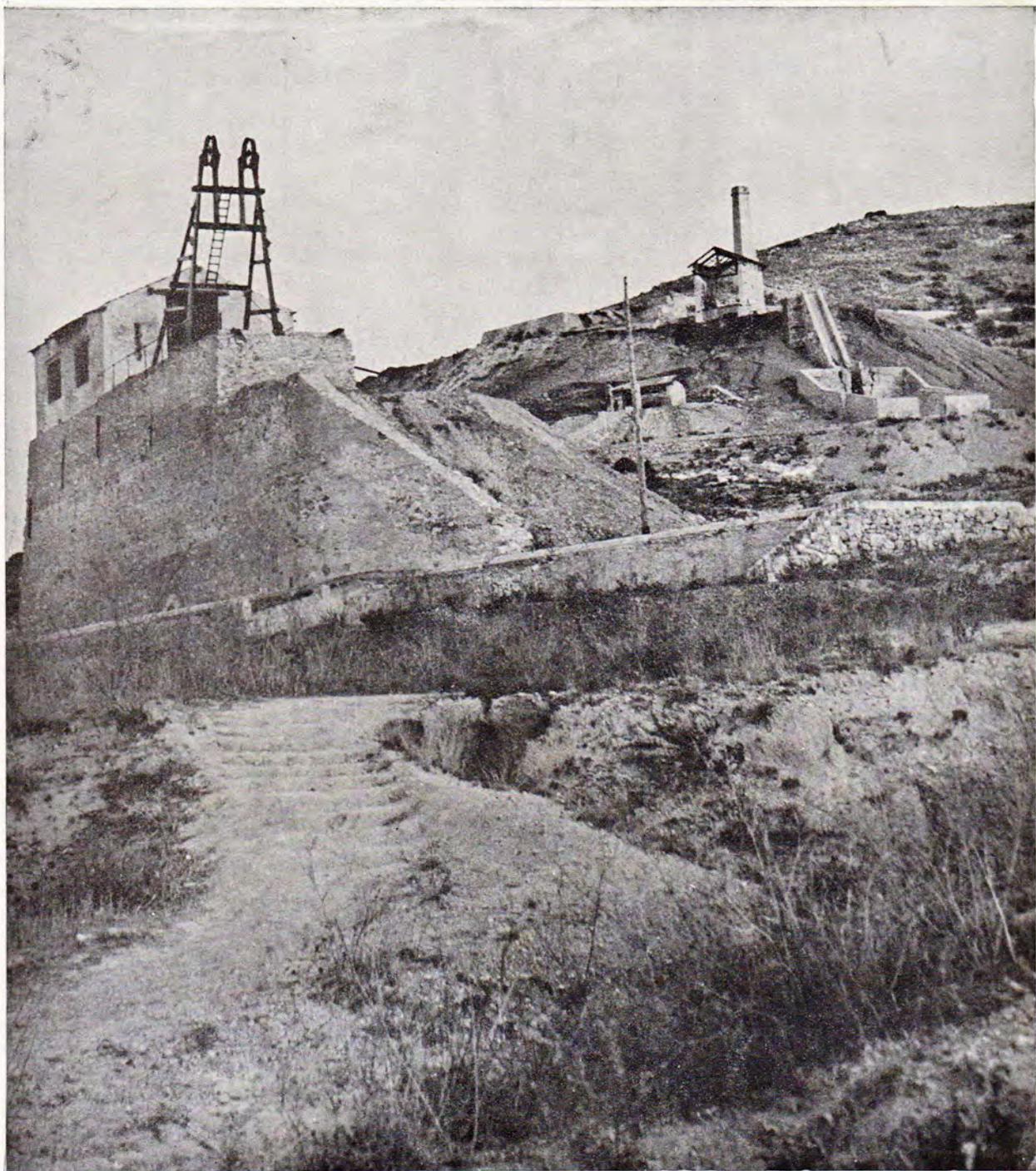
De lo que de tarta de día de santo pudieran evocar sus perspectivas, la salva su otra intención de catedral del pimiento y el tomate, la mortadela y el calamar, y, a última hora, si la miramos con buenos ojos, su ademán de templo hindú y, hasta—¿por qué no?— de Estación Termini para soñadoras amas de casa que, al escoger entre berenjena de morada túnica, la fresquísima sardina de piel de plata o el racimo de uva de granos como joyas, oyen silbar al tren de la ilusión y la aventura, y a las que le asoma a los ojos el orgullo unionense al preguntarle al forastero: «Bueno, ¿y qué me dice usted de la Plaza del Mercado?».

La calle de las fiestas. Calle Mayor. No hay procesión que se precie que no la incluya en su itinerario, ni festejo de rango que no encuentre, en el cauce de asfalto que corre entre sus aceras, su cátedra más propicia, su ámbito más cabal.

Sobre la cinta de sus ochocientos metros, pisa una y otra vez el zapato nuevo, «sacando agua» o mirando la pirotecnia verde, roja, malva, que estalla en rosas de fuego sobre la «casa del Piñón». Oscila en el alambre la bombilla; sobre el viejo tablado de «el Palco» crece, pimpante, el pasodoble; cruza una carroza, desfilan las «mantillas», pasan los cabezudos...

Calle Mayor. «Te espero en la calle Mayor». «¿Subes a la calle Mayor?» La cita en la calle Mayor. El sillón en el bar de la calle Mayor. La aspiración del piso en la calle Mayor. El traje nuevo para la calle Mayor... No hay más que decir sino esta bella palabra, tan deliciosamente provinciana, tan nuestra: Calle Mayor.





Lagarto al sol, la sierra se extiende y se derrama a la orilla del Mediterráneo; se abulta en redondeces de cúpula, se alisa en turgencias de fruta temprana... A veces su zarpa se introduce en la tierra del pan y del árbol la tierra mollar como el buche de una paloma, y el molino de ocho velas alcanza inesperados trasfondos de castilletes y lavaderos.

Como la casa del rey moro, —pobre por fuera, rica por dentro—, basta arañar su piel para que la sierra descubra su entraña suntuosa, inagotable.



Frente a la desolación de la sierra desnuda y calcinada, allí donde la vena de la savia fué sustituida por la raíz del plomo o la pirita, creció por milagro de la naturaleza, la gracia vegetal de una palmera

Hoy, los embalses de un lavadero rodean su cintura. Por la anemia de su hoja picuda, ya amarilleante, se barrunta la agonía de la verde doncella.

Un día la palmera ya no estará aquí. La palmera habrá pasado a la memoria de las cosas que fueron, y como el hecho pertenece al capítulo de lo fútil, de lo intrascendente, sobre su caño de verdura en el recuerdo caerá, como una losa, el olvido. Sin embargo, alguien que guardará todavía en su corazón una singular ternura por las pequeñas cosas, por las cosas efímeras, por las bellas cosas inútiles, dirá mostrando esta fotografía: «¿No sabeis?. Al pie de la sierra, creció una vez, verde y hermosa, una palmera». Bastarán esas palabras tan sencillas para que la palmera reciba y goce su mejor y más fragante réquiem.

Cristo de los Mineros. El Padre. Qué palabra más tremenda para el minero que la pronuncia: Dios.

Cristo de los Mineros, crucificado en la mina de ternura de su madero; en granos de granada, coagulada la sangre; rotos los pulmones por miles, por millones de días de angustia infinita; por miles, por millones de días de amor. Junto a la Virgen del Rosario, ocupa el mejor puesto en el corazón de los unionenses; más aún en el corazón de los mineros que lo procesionan la noche de Jueves Santo, acompañándole, en escalofriante cortejo, con sus lámparas de trabajo encendidas.

Es impresionante el gesto del hombre que en esa noche grande se acuerda de Dios y va a su encuentro. El minero que lo acompaña sabe que ya no andará solo por la vida, que cuando un día la muerte le impida volver a la oscura galería, habrá vacante un puesto luminoso en la otra Mina eterna, cuyas claridades no se apagan nunca.

El pueblo ha recogido, haciéndolas suyas las saetas que pintan la emoción y el color de este cortejo, el más severo y alucinante de nuestra Semana Santa:

*Carburos de dos en dos,
de cuatro en cuatro luceros,
van alumbrando en La Unión
al Cristo de los Mineros
que pasa en la procesión.*

En la liturgia de las plazas y los callejones, mientras redobla el tambor y la cera se desploma sobre el clavel, la saeta minera hace siempre segura diana en el corazón de Dios.





La copla lo dice:

*De Cartagena a Herrerías
han «levantao» una pared,
por la pared va la vía
y por la vía va el tren
¡y dentro la prenda mía!*

¡Qué lejos los días de la “The Cartagena and Herrerías Setam Tramways. Company Limited”, con chisteras y polisones en sus vagones y una voz que pregonaba ampulosamente en el andén: «¡Ha salido *El Palenque!*»

Junto a sus hermanos, los automotores de línea moderna, presuntuosos y veloces, el pequeñísimo tren ingenuo, infantil, para pistolas de sheriff y persecución de bandidos a lo Jhon Ford, continúa levantando cada día, sobre la escenografía de la sierra —y quiera Dios que sea por muchos años—, la estampa colorista de un pintoresco y confortante romanticismo.